

EL ABUELO

Por el Lic. José Luis González.

Licenciado en Ciencias Políticas de la Universidad de Puerto Rico. Licenciado en Letras de la Universidad Autónoma de México. Catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Guanajuato. Con su obra "Cinco Cuentos de Sangre" obtuvo el Premio del Instituto de Literatura Portorriqueña en 1945. Ha publicado El Hombre en la Calle (1948), Paisa (Novela) y En este Lado. Publicamos un capítulo de su novela inédita El Abuelo.

El zorzal, sin mirar siquiera, sólo ladeando un poco la cabeza, percibe el peligro mortal—una levísima perturbación del aire—y se dispara desde la alta rama hacia un árbol vecino. Una fracción de segundo después, la piedra, arrancando hojas del flamboyán en su trayectoria, pasa zumbando por el lugar preciso en que había estado posada el avecilla.

—¡Se me fue!—la exclamación llega desde abajo, en una vocesita infantil que expresa frustración y cólera a la vez.

Andrés escudriña el follaje del algarrobo donde buscó refugio el zorzal agredido, pero no logra descubrir al pájaro. Coloca otra piedra en la honda de horqueta, estira hasta el máximo las dos tiras de goma y dispara al azar contra la copa del árbol, confiando en que el ave, espantada otra vez, volará a un lugar más accesible a las pedradas. La piedra choca secamente contra algo oculto entre el follaje; un objeto se desprende del árbol y cae, tropezando con las ramas en su descenso, hasta dar pesadamente en tierra. Andrés corre, lleno de expectación, hacia el objeto caído. Por un instante lo gana la decepción: es tan sólo una vana de algarrobo. Pero en seguida se da cuenta de que no se trata de una vana como otra cualquiera, sino extraordinariamente grande, gruesa como un pepino y con una corteza rugosa y oscura como él nunca ha visto. Cuando la recoge del suelo, no puede reprimir una exclamación de asombro: pesa casi tanto como un plátano. Se olvida inmediatamente del zorzal y, metiéndose la honda en el único bolsillo de su pantalón corto de tela de saco, emprende el regreso a la casa.

El abuelo, sentado sobre un taburete en un rincón de sombra en el batey, lo ve acercarse a paso rápido.

—Tu mai te ha estao llamando, Andrés.

—¿Pa qué?

—Ella sabrá. Ve a ver.

Sube a la casita y encuentra a la madre en la cocina, abanicando con un trozo de yagua el fogón que despide una densa humareda irritante. Andrés resiente el ardor del humo en los ojos y en la garganta.

—¿Tú me tabas llamando?

—Pa que le lleses el almuerzo a tu pai.

—¿Ahora mismo?

—No; pero si no te llamo ahora, después tengo que ponerme a buscarte y se enfría la comida.

—Ah, bueno. Entonces me guá dir ahí al batey.

—¿Qué tás haciendo?

—Mira.

Y le enseña a la madre, con una sonrisa de satisfacción, la vaina de algarrobo.

—¡Muchacho! ¿De onde sacaste eso tan grande?

—La tumbé yo mismo. Ta bien grande, ¿ah?

—Sí, pero no vayas a abrir eso aquí arriba pa apestaime toa la casa.

Andrés sacude la cabeza y ríe con picardía:

—¡Je! Mierd'e gato.

—Bueno, vete al batey y entretén al abuelo.

Busca la piedra grande que usan para clavar la estaca de la que amarian a "Mariposa"; se sienta en el suelo pisonado del batey, a los pies del abuelo que ahora dormita, y, colocando la vaina de canto sobre el suelo, levanta con un esfuerzo la piedra y la deja caer sobre la vaina. El golpe sobresalta al viejo.

—¡Eh! ¿Qué es eso, muchacho?

—Mira.

—¡Ave María puísima! ¿Así se dan las algarobas ahora?

—Esta la tumbé yo mismo hace un ratito. Pero nunca bía visto una tan grande. Usté tampoco, ¿verdá?

—A la verdá que no. Y qué, ¿la vas a abrir?

—¡Pues claro! Guá hacer gallitos. Deben ser más grandes que el diache.

—Pero no te vas a comer esa porquería de adentro, ¿ah?

—¿La mierd'e gato? ¡No, que va a ser!

—Ah, bueno.

El primer golpe de la piedra no ha logrado cascar la vaina. Andrés se dispone a descargar un segundo golpe.

—Cuidao con machucarte un deo—previene el abuelo.

—No, ombe—a tiempo que la piedra descende sobre la vaina.

El segundo golpe no produce mejores resultados que el primero.

—Ta dura, ¿verdá?—comenta el viejo.

—Unjú. Guá tener que buscar una piedra más grande.

La que encuentra es tan grande que apenas puede levantarla. La vaina cruje esta vez bajo el golpe.

—¡Ajá!—exclama el abuelo.—Ya está.

Andrés examina la vaina; una grieta corre por uno de sus lados, pero cuando el niño prueba a partiría con ambas manos, la dura corteza no cede.

—No. Toavía le falta.

El nuevo golpe abre la vaina a lo largo del borde, dejando al descubierto la pulpa pajiza y amarilla.

—¡Ahora sí!—dice Andrés, pellizcando la pulpa y llevándose los dedos a la nariz.—¡Fo!

—Porquería—el anciano arruga la nariz.

—Ahora deja buscar los gallitos.

El abuelo se inclina hacia adelante para ver mejor, y pronostica:

—Serán bien grandes.

Los deditos del niño hurgan entre la pulpa hasta dar con la primera pepita. Es, como se esperaba, enorme.

—¡Coño!

—¿Lo ves?—dice el abuelo, enseñando las encías desdentadas en una sonrisa, para añadir rápidamente: —Pero no seas mal hablao, ¿ah?

Andrés está demasiado ocupado, pelando la pulpa que rodea la pepita, para enterarse del reproche por la palabrota.

—Debe ser bien dura—comenta el viejo, todavía inclinado hacia adelante. —¿Cómo la vas a agujear?

—Con un clavo, seá.

—Hmm... va a ser difícil.

—Bueno, ya este gallito tá pelao.

—Deja ver.

El abuelo examina la pepita casi negra, acercándosela a los ojos.

—Con tal que salga dura.

—¿Tan grande y no va a salir dura?

—Lo grande no tiene que ver. A veces los chiquitos... los débiles... son más fuertes que los grandes y poderosos.

Ahí viene. Ahí viene el cuento. El viejo siempre comienza así, con un comentario sobre cualquier frase de su interlocutor que él adapta convenientemente a los fines de su propio pensamiento.

—No, mijo, no son los poderosos los que ganan siempre. Algunas veces sí, como pasó aquí en Puerto Rico cuando llegaron los yanques.

Ojalá sea nuevo. Ojalá no sea uno de los cuentos viejos.

—Abuelo...

—¿Ah?

—¿Es nuevo?

—¿Qué cosa?

—El cuento.

—¿El cuen... ¡Mira, muchacho majadero! Es lo que yo digo: los muchachos de hoy en día son los unos malcriaos. No respetan a los mayores.

—Ta bien, abuelo. Perdone. Cuéntelo manque sea viejo.

—Ah, ¿pero lo repites? ¡Habíase visto muchacho más atrevío! Ahora no cuento na. ¿Qué te has creído tú?

Mejor lo dejo quieto y vuelve a hurgar en la pulpa maloliente. Saca una segunda pepita y se pone a limpiarla. El viejo guarda silencio unos minutos. Pasa una bandada de changos por el cielo y ambos alzan la vista para ver las raudas manchas prietas afean el azul purísimo. El viejo vuelve a hablar:

—¡Hmm! Hoy en día los changos no hacen más que volar. En otros tiempos, cuando ca jíbaro tenía su vaquita, a ningún chango le faltaba su garrapata pa matarse el hambre.

—Pero, abuelo—arguye Andrés, sin despegar la vista de la pepita cubierta de pulpa,—hoy día hay más vacas que enantes.

—¿Y tú qué sabes?

—Me lo dijo mi pai. Y también me dijo que las garrapatas hay que matarlas porque...

—Sí, sí, tu pai también es un sabijondo. Enantes los que sabían eran los doctores y los licenciaos. Hoy cualquier jibaro patón sabe muchísimo. ¡Hmm! ¿Así que ahora hay más vacas que enantes?

—Eso dice mi pai.

—A lo mejor es verdá. Hoy hay más gente y más chavos y más vacas que enantes. Hoy más de tó... menos vergüenza. ¡De eso sí que había más en mis tiempos! Pero eso no lo puen saber tú ni tu pai. Sí, hoy hay más vacas... ¡y menos changos, porque los muchachos malditos como tú se la pasan tirándoles pedrás! ¿Pa qué es esa honda que tienes metía en el bolsillo, ¿ah?

—Adiós, abuelo, ¿y en sus tiempos los muchachos no cazaban pájaros?

—¡Bah! En mis tiempos los muchachos sabían respetar a los mayores. Y no les quitaban la palabra de la boca.

El cuento. Eso fue lo que lo encocoró. El cuento.

—Abuelo, ¿entonces los españoles eran mejores que los americanos?

—¿Mejores? Eso también lo dice tu pai, ya lo sé. Pero lo que pasa es que uno mataba a garrotazos y el otro mata con cuchillo 'e palo.

—Pero los americanos son más fuertes, eso sí.

—¡Ah, dende luego! Con barcos y cañones y fusiles de repetición, ¡quién no!

A Andrés empezó a interesarle el asunto.

—¿Fusiles de qué?

—De repetición. Que tiran una bala seguío detrás de la otra.

—Ah... ¿y los españoles no tenían de esos fusiles?

—¡Qué iban a tener! ¡Si España ya no valía un chavo! Lo pior era que nosotros tampoco los teníamos.

—¿Quiénes?

—Nosotros... los patriotas. Los que no queríamos cuenta ni con los cachacos ni con los yanques. Los únicos puertorriqueños con vergüenza, miyo. No teníamos más que machetes.

—¡Ay, bendito! ¿Y por qué, abuelo?

—¿Cómo que poi qué? ¿Y de onde íbamos a sacar otra cosa? Los cubanos sí que tenían buenas aïmas.

—¿Los cubanos? ¿Y de onde las sacaban ellos?

—Las compraban en Nueva Yol.

—¿En Nueva Yol? Pa allá fue onde se fue don Toribio, el que tenía la finquita al otro lao de la quebría, ¿usté se acuerda?

—Las compraban en Nueva Yol, sí, y nosotros los puertorriqueños ayudábanos a los cubanos a comprarlas, porque con esas mismas aïmas se iba a hacer después la independèncïa en Puerto Rico.

—Oïga, abuelo, ¿y cómo será eso de Nueva Yol?

—Pero los americanos no nos dieron tiempo. Se metieron en Cuba cuando los españoles ya estaban derrotados, y sin que naide los llamara.

—En la escuela me dijieron el otro día que la nieve es blanquita como la harina 'e pan. ¿A usté no le gustaría ver la nieve, abuelo?

—Y después se metieron aquí, y sacaron a los cachacos y se quedaron ellos.

—Oïga, abuelo, ¿a usté no le gustaría ver la nieve?—insiste Andrés, y como el viejo no le responde, se vuelve para mirarlo. Lo ve con la cabeza gacha, la mirada fija en el suelo, y piensa que nunca lo ha visto tan cansado.

La mujer llama entonces desde la cocina:

—¡Andrés! ¡Vente pa que le lïeves el almuerzo a tu pai!

—¡Ahí voy!

El niño se pone de pie, se guarda en el bolsillo del pantalón las pepitas peladas, y camina lentamente hacia el ranchito; a mitad de camino se detiene, vacila un instante y al fin dice, dándose vuelta:

—Oïga, abuelo.

—¿Hmm?

—No se me vaya a di. Horita vuelvo pa que me acabe de contar el cuento, ¿ah?

El viejo levanta la cabeza y asiente con una sonrisa triste.